

El animal electivo*

Gabriele D'Annunzio

I

En Italia, de vez en cuando, algún escriba desocupado, alguno de esos anónimos que andan compilando antologías pornográficas para editores clandestinos, se alza con gran dignidad para deplorar la indiferencia de los creadores de prosa y poesía en los asuntos de Estado y en la vida política de la nación. El censor solicita finalmente para el joven reino otro tipo de literatura cívica: poetas que exalten en rima el sufragio popular y novelistas que representen a sus héroes absortos en la solución de un profundo problema social.

¿Por qué poetas y novelistas no responden a la llamada?, ¿por qué no renuncian al típico hombre enamorado de dos mujeres o a la típica mujer enamorada de dos hombres?, ¿por qué no se rebozan de sociología para no promover la caída del rey, el advenimiento de la república y el acceso de la plebe al poder? Los críticos excusarían la debilidad de su sintaxis en honor a la «seriedad del contenido».

De momento, permanezco en la angustia de mi métrica y de mi casuística. Como aquella Sra. Lee del relato americano, necesito ir a Egipto: «La democracia me ha destrozado los nervios. ¡Oh, qué descanso sería ir a vivir a la gran Pirámide y contemplar eternamente la estrella polar!». «Algo extravagante -dice el diputado Bonghi a los que les interesan las cacofonías de la traducción- ¡o quizá de lo más natural!».

El crepúsculo de los reyes y de los príncipes no me parece hoy por hoy digno de mucha atención. Aquellos que poseían un espíritu verdaderamente regio, habiendo tratado de recomponer su vida conforme a su sueño y no habiendo podido resignarse al contacto inevitable con la vulgaridad, se han ausentado ya del mundo arrastrados por el impulso de sus propias quimeras. Luis II, el rey virgen, después de haber comulgado durante tanto tiempo con los resplandecientes héroes que Ricardo Wagner le diera por compañía en aquellas regiones sobrenatu-

* «La bestia elettiva», *Il Mattino*, nº 194, 25 de septiembre de 1892. La edición que hemos manejado se encuentra en Gabriele D'Annunzio, *Su Nietzsche*, Catania, De Martinis & C., 1994, pp. 7-19.

rales, inmune frente a cualquier tóxico femenino, hostil a todos los intrusos, sintiendo que la intensidad de sus júbilos comenzaba a exceder la resistencia de sus órganos, pensó que se transformaría una vez muerto en un ser más elevado y bajó a buscar al fondo de su lago la visión suprema. Rodolfo de Habsburgo, un príncipe meditativo, totalmente absorto en el espectáculo de su vida interior, fue condenado por un delito intelectual al asesinar a una mujer que lo ataba en demasía a la materialidad de la existencia común. Juan Orth, espíritu indomable, incapaz de soportar cualquier forma de esclavitud, dirigió un cierto día su proa hacia el infinito y nadie lo ha vuelto a ver.

Los que todavía sobreviven, o tienen el valor insignificante de funcionarios diligentes, temerosos de ser despedidos, o están dedicados por entero a cultivar sus pequeñas y pueriles manías y sus vicios mediocres. Guillermo II es el único que alguna vez estimuló nuestra curiosidad por los espectáculos ágiles y variados que él mismo protagoniza dentro y fuera de su imperio. Él es el verdadero *homme infatigable* [*fatigone*] de esta lúgubre compañía coronada. Sus esfuerzos son increíbles. Cambia más veces de uniforme en un día que lo que cambia de vestidos una *cocotte* a la moda en todo un año. Atraviesa Europa de cabo a rabo mostrándose en todas las estaciones ferroviarias con un nuevo aspecto. Sus ministros no saben ya a qué recurrir para disuadirlo de que no vaya a exponer a América su ajuar militar internacional. Ninguna actividad humana le es desconocida; sabe de todo y hace de todo: consumado estratega cuando cabalga entre el estrépito de las fanfarrias a la cabeza de la Guardia, consumado orador cuando erguido desde la proa de su nave dirige su voz sobre las aguas, y consumado actor cuando le dan ganas de pisar el escenario en la armadura de uno de esos héroes que los dramas de un poetastro shakespearezante, cuyo nombre no recuerdo, tiene el encargo de embadurnarle con una gran dosis de adulación.

¿Y los otros? El Zar, corroídos sus músculos hercúlanos por la carcoma de la sospecha, se consume solo en una honda misantropía, no teniendo ni siquiera el valor de contraponer a las pequeñas fórmulas químicas de sus rebeldes un estrago por arma blanca para irrigar y abonar sus estériles tierras. Francisco José, el austríaco, después de perder a su sucesor, no hacía otra cosa hasta ayer que consolar su desolada vejez con agua purgativa: hasta que los inauditos clamores de su pueblo le advirtieron que la gracia de Dios le enviaba otro consuelo para los últimos días de su vida. Se sabe ya, para gran júbilo de la archiduquesa y de todas las damas, que se han establecido contactos con un empresario italiano para que éste ceda a su prestigioso melodramaturgo a la Corte Imperial y al mismísimo Metastasio Daspuro por un módico precio. Pero en la última hora sobreviene un peligro: telegramas recientes amenazan con un viajecito de Guillermo II a Viena, y Guillermo, hombre impulsivo y autoritario, es muy capaz de arrebatar al maestro y de llevarse-lo a Berlín para hacerle musicar todos los arreglos de la Infantería, de la Caballería, de la Intendencia y del Equipo Médico...

¿Y qué hay de los otros? La Reina Victoria, en sus momentos de lucidez, se ocupa de ordenar el museo de sus muñecas, las de sus hijos y las de sus nietos en un conmovedor retorno a la cándida infancia. El Príncipe de Gales, *clubman* perfecto, calvo y canoso, morirá seguramente siendo príncipe heredero y contento quizá de no haber heredado. Cada año, alarga en un agujero más el cinturón que debe ceñirse alrededor de su fofa gordura epicúrea, venciendo su natural re-

pugnancia de *gentleman* a un disfraz ridículo cada vez que le toca representar a su longeva Madre en alguna ceremonia oficial. Los grandes duques rusos, de vez en cuando, se mueven de San Petersburgo para ir a estrechar la mano del ingeniero Sadi Carnot, renovando así la ilusión de alianza en el contentadizo pueblo francés; y obtienen de la República, en compensación, algunas facilidades en la búsqueda de sus placeres favoritos.

¿Y los pretendientes? Víctor Napoleón, desesperado ya de suscitar artificialmente algún ardor heroico en la sangre estancada del Primer Cónsul, limita sus actos políticos a alguna modesta carta escrita de mala gana sobre cualquier escritorio de hotel en los días de *spleen*. El conde de París no es tan resignado; y el hijo del duque de Orleans parece dar la razón a todos aquellos que, partiendo de sus rasgos plebeyos, argumentan sobre la impureza de su sangre. Parece apto y dispuesto nada más que para ejercitar sus funciones de macho al igual que un mozo de cuadra: después de haber mostrado el antojo pueril de volver a alzar la bandera blanca en un cuartel, la puso, como si de un trapo inútil se tratara, bajo el lecho de una cantante.

II

Es necesario, pues, inclinarse del lado de la Democracia; mas, ¡ay de mí!, todo es caduco e innoble también en este lado.

El dogma del Ochenta y nueve, el axioma fundamental de las sociedades modernas (que corresponda al pueblo la soberanía del Estado, que la autoridad de los súbditos aventaje a la del Rey) era ya enseñado, aceptado y practicado en todas las comunidades cristianas; y propugnado especialmente por los Jesuitas. ¡Cuántos toques de trompetas apocalípticas, cuánto fragor de truenos, cuánto fulgor de rayos para poner sobre la punta de un palo nudoso y retorcido una pancarta en la que está escrito con letras de sangre el más católico de los lugares comunes! Luis XVI fue asesinado en virtud de los mismos principios que habían hecho levantarse en armas a Jacques Clément, Balthazar Gérard y a Ravailiac.

¿Cantarán los poetas el triunfal ascenso de la plebe al poder? Parece que el sufragio universal ha sido inventado con extraordinaria astucia para despojar a la plebe de sus derechos. La condición de la plebe es siempre la misma, gobierne un tribuno o un rey, una clase privilegiada como la nobleza o la mayoría de la Cámara. La plebe está siempre esclavizada y condenada a sufrir, tanto a la sombra de las torres feudales como a la sombra de las feudales chimeneas de las fábricas modernas. Jamás habrá dentro de ellas el sentimiento de libertad.

En vano gritan los Cleones a la multitud: «No sólo sois la fuerza, sino también la luz, el pensamiento y la sabiduría». Quizá ni siquiera las multitudes creen en estas adulaciones. Éstas solo creen en una forma de progreso: el aumento del bienestar físico. La levadura del espíritu no hace subir a esta espesa, gris y grosera masa. Para arrastrar a un gentío es necesario contraponer uno de sus vicios por otro. Los Cleones conocen bien esta psicología, parecen adorar al mismo gran títere cuyos hilos manejan.

La Democracia se reduce así a una lucha de egoísmos vanidosos que avanza sobre la disminución sistemática de las superioridades legítimas y adquiridas. Es

el triunfo del burgués, del filisteo, del tartufo, del ignorante presuntuoso, del pedante sabihondo, del idiota que se considera igual al hombre de ingenio, es el triunfo de todas las mediocridades y de todas las vulgaridades. Mientras la naturaleza tiende a multiplicar ilimitadamente la diferencia, la Democracia tiende, sin embargo, a hacer a todos los hombres iguales, a poner en cada alma una etiqueta exacta como si fuera un útil social, a *hacer* las cabezas humanas como las cabezas de los alfileres. La democracia no tiene en cuenta la actividad individual, la energía libre y espontánea, al hombre verdadero de carne y hueso, sino a una fórmula abstracta. Tan sólo cuenta para su Estado la fuerza molecular y la acción de una masa capaz de moverse.

Pero de sus turbias entrañas nace un tirano mucho más terrible que el que abatió: el Estado-rey, el Estado-providencia, el Estado-productor-de-la-felicidad-pública: un monstruoso Polifemo que esquilará y degollará a sus rebaños. ¡Todos los apóstoles de la plebe, todos los profetas del porvenir invocan al nuevo pastor de las naciones!

Entretanto, Demos se engaña. Su estupidez (¡oh, desigualdad!) no tiene en el mundo igual. Deposita, bajo las alas del implacable buitres que le devora el hígado, el huevo milagroso del que surgirá la Edad de oro.

III

Por fortuna, el Estado fundado sobre las funciones del sufragio universal y de la igualdad, cimentado desde el miedo, no es sólo una construcción innoble, sino también precaria. Sobre la igualdad económica y política, a la que aspira la democracia socialista y no socialista, se irá formando una nueva oligarquía, un nuevo reino de la fuerza; y este grupo, poco a poco, logrará apoderarse de las riendas para domar a la masa en beneficio propio, destruyendo cualquier vano sueño de igualdad y de justicia.

La fuerza, indestructible e inamovible, es la gran ley de la Naturaleza. El mundo no puede ser constituido más que sobre la fuerza, tanto en los siglos de civilización como en las épocas primitivas. La Naturaleza es inicua. Nosotros somos el producto de la Naturaleza: no podemos, pues, aspirar a la justicia sublevándonos contra nuestra propia causa. Quien reclama, sueña o profetiza, o es un ingenio o es un charlatán.

Si todas las razas terrestres fuesen destruidas por otro diluvio deucaliónico y surgieran de las piedras, como en la antigua fábula, nuevas generaciones, los hombres lucharían entre sí apenas surgidos de la misma Tierra que les engendró hasta que uno, el más idóneo, consiguiera dominar a los otros.

Ahora, desde hace cuatro siglos, los Europeos no tratan sino de expoliar y exterminar a las otras estirpes. La civilización europea, como si se tratara de una voraz araña, envuelve en su tela al resto del globo. En América, razas enteras han desaparecido a causa de la acometida del hombre blanco, persiguiendo este fin hasta en los extremos más remotos; los oceánicos están desapareciendo perseguidos hasta en los refugios más alejados; y África está invadida por entero. ¿Con qué derecho? Con el derecho del más fuerte. Los elevados y retóricos sermones en honor de una hermandad bajo un Sol común sirven para ocultar el ruido de

la fábrica de armas. La cándida forma de la Paz surgida de las aguas de Génova, me trae la imagen de la roca en la que fue transformada la ninfa Escila en el mar siciliano. La roca tenía la dulce forma de una mujer con el busto elevado sobre el oleaje, mientras alrededor, a los lados, las fauces de seis perros horribles ladraban sin tregua. Las fauces de la Guerra aúllan a los lados de la Paz invocada. La última oda de nuestro mayor poeta está repleta de tañidos bélicos y de relampagueos.

Después de un siglo de *humanitarismo* (fea y ridícula palabra por lo que expresa) llegamos a esto: a que todos los ciudadanos parezcan soldados, a tener veinte millones de hombres armados y a que Europa sea un campamento. ¿Qué diferencia existe entre nuestro siglo y las primeras épocas de la barbarie cuando cada hombre defendía su caverna con el arco siempre tenso?

Así pues, la fuerza sigue siendo la ley suprema. Y así debe ser, y está bien que así sea hasta el final de los siglos. La igualdad y la justicia social son sólo dos abstracciones vanas, y las doctrinas que de ellas derivan son inaceptables para los hombres superiores.

La nueva aristocracia se formará, pues, volviendo a poner en su lugar de honor el *deseo* [*sentimento*] *de poder*, elevándose sobre el mal y sobre el bien.

Según la doctrina de Nietzsche, una de las razones de la decadencia generalizada es la siguiente: toda Europa ha recibido una impronta decisiva de la noción de bien y de mal tomada en el sentido de una moral de esclavos.

Hay dos tipos de moral: la de los «señores» [*nobilí*] y la del rebaño servil. Ahora, después de que en todas las lenguas primitivas *noble* [*nobile*] y *bueno* hayan sido términos equivalentes, y después de que la palabra *noble* sea también una designación de clase, se presenta como una consecuencia evidente que la casta de los señores [*signori*] ha creado la primera noción de Bien. Toda su moral se fundamenta en la soberana concepción de su dignidad y tiende a la glorificación afirmativa de la vida.

La génesis del Bien es necesariamente diversa para el esclavo. Por instinto, él desconfía de aquello que el señor llama Bien; después, en efecto, aquello que para aquél merece tal nombre, es malo [*cattivo*] para el esclavo y representa, por tanto, el Mal.

Pero desgraciadamente la moral de los esclavos ha vencido a la otra. Era necesario, para conducirla a la victoria, cierto poder de seducción. Jesús de Nazareth le aportó el artificio del amor, atrayendo hacia sí a los infelices y a los viles. Todos los sufrimientos del débil y del oprimido se canjearon por virtud, pareciendo abominable el hombre fuerte que derivaba sus leyes del principio contrario. El ascetismo extendió un velo de palidez y de tristeza sobre todas las cosas.

Así pues, esta moral no es más que el instinto del rebaño. Los hombres superiores, dejando a los ingenuos las tentativas de mejorar la suerte de la multitud y de practicar la virtud cristiana de la caridad, emplearán todas sus fuerzas en destruirla.

¿Sirve quizá para algo prolongar la vida de los miserables? ¿Para qué? ¿Acaso preocuparse de la muchedumbre en detrimento de los «señores» [*nobilí*] no sería como descuidar, en un bosque, los arbustos más vigorosos para cuidar un brote sin casi savia o una vil hierba?

Los hombres se dividirán en dos razas. A la superior, levantada sobre la pura energía de su voluntad, todo le estará permitido; a la inferior, nada o bien poco.

La mayor parte del bienestar será para los privilegiados, su nobleza personal les hará merecedores de todos los privilegios.

El verdadero «señor» [*nobile*] no se parece en nada a los esmirriados herederos de las antiguas familias patricias. La esencia del «señor» [*nobile*] es la soberanía interior. Él es el hombre libre, más fuerte que las cosas, convencido de que la personalidad supera en valor a todos los demás atributos complementarios. Él es la fuerza que se gobierna, una libertad que se afirma y se regula bajo el modelo de la dignidad. Él tiene un ojo infalible cuando se mira dentro de sí. En esta autocracia de la conciencia reside el principal signo del nuevo aristócrata.

Una sola de sus alegrías vale más que todos los júbilos populares.

De momento, él renuncia a su parte de soberanía; y es que nunca una papeleta de voto ensuciará sus manos.

La vida —dice Federico Nietzsche— es un manantial de alegría, pero en fuente en la que el populacho bebe, el agua se envenena.

Además: si alguno se retirase de la vida no haría sino retirarse de la canalla. No quería compartir la fuente, la llama y el fruto con ella.

Traducción de *Alfonso Moraleja*